

INQUIETUDES Y ESPERANZAS

Reflexión de la Iglesia de Santiago sobre problemas candentes de la hora

*A todos los hombres
de buena voluntad
de nuestra Arquidiócesis
de Santiago*

MENSAJE NAVIDEÑO DE LOS PASTORES DE LA IGLESIA DE SANTIAGO

Amados hijos:

Llega nuevamente a nosotros el día de Navidad; alborozados recordamos el hecho más hermoso de la historia de la Humanidad: el Nacimiento de Jesús, el Salvador, y junto al humilde pesebre de Belén nos parece necesario hacer un alto en nuestro caminar para considerar a la luz que irradia de él: nuestros ideales y nuestras realizaciones; nuestros odios y nuestros amores; nuestras seguridades y nuestras inquietudes; nuestros sueños y nuestras realidades.

Vuestros Pastores, queridos hijos, han querido asociarse también a las alegrías y esperanzas de este tiempo y presentaros su saludo de Navidad en forma de una pastoral que desea ayudar a comprender nuestras vidas y ofrecer el hermoso ideal de vivirlas en compañía del Señor, guiados por su doctrina y por su gracia.

Si conseguimos arrojar un rayo de luz y esperanza en el corazón de nuestros hermanos en la Fe, nos daríamos por muy bien pagados de nuestros esfuerzos. Y desde lo íntimo de nuestra alma de Pastores pedimos al Señor que nuestras palabras tengan la virtud de iluminar las mentes y fortalecer los corazones en la Fe y el Amor de Jesús, el Salvador, que es Camino, Verdad y Vida. Sólo así nuestra Iglesia de Santiago se abrirá a la comprensión y la paz, y nuestra comunidad será realmente una comunión de hombres y mujeres que van en marcha hacia la Luz.

RAUL CARDENAL SILVA HENRIQUEZ
Pastor de la Iglesia de Santiago

Objetivos

1 Esta carta pastoral es el resultado de muchas conversaciones. Los Obispos de Santiago no la hemos querido escribir solos, ni hemos consultado únicamente a técnicos en ciencias humanas y teológicas. Hemos deseado que en ella se sientan expresadas las experiencias y las vidas de muchos cristianos y comunidades de Iglesia. No vamos a proponer un diagnóstico de nuestra sociedad o de la Iglesia, ni pretendemos dar solución inmediata a nuestros problemas. No nos referiremos nuevamente a ciertos temas ya abordados en recientes declaraciones o cartas episcopales. Queremos sólo expresar algunos aspectos de nuestra vida delante de los hombres y de Dios — aspectos hondos y por ello quizás a veces olvidados. Esta carta quisiera ser como las actas de un diálogo entre muchos, donde queden consignadas algunas de las inquietudes, angustias, alegrías y búsquedas que nos son comunes. Quisiera ser, además, una confesión de fe y esperanza de toda nuestra Iglesia para la gloria de Dios. Así, la palabra de los Pastores que tienen el oficio de anunciar el Evangelio y de enseñar, recoge y autentifica en su magisterio ordinario la experiencia de fe del pueblo de Dios que "participa también del don profético de Cristo"¹, con el fin de que, estando los fieles "unidos a su obispo como la Iglesia lo está con respecto de Cristo y como Cristo mismo lo está con el Padre", "todas las cosas se armonicen en la unidad y crezcan para la gloria de Dios"².

Nuestra presencia, acción y palabra de cristianos encara hoy una serie de hechos y situaciones nuevas. No haremos la crónica de ellos, sino que reflexionaremos sobre algunos de sus aspectos desde tres puntos de vista que nos ayuden a mirar los hechos con cierta profundidad. Estos tres enfoques serán:

- 1º La experiencia de una **diversidad** que contiene amenazas y promesas para la sociedad y para la Iglesia;
- 2º la experiencia de una **inseguridad** que puede o bien detener nuestra acción o bien impulsarla de nuevo;

¹ Constitución: "Iglesia en el mundo", n.º 12.

² Constitución: "Iglesia en el mundo", n.º 27.

3º la experiencia de una **ausencia**, pero también de una nueva **presencia** de Dios en medio de nosotros.

I. Diversidad en la unidad

Diversidad en la sociedad

2 Una de las realidades de que hemos tomado conciencia en las conversaciones referidas es nuestra diversidad de situaciones y experiencias, tanto dentro de la sociedad, como consiguientemente dentro de la Iglesia. Diversa es, por ejemplo, nuestra posición social; diversa nuestra cultura; diversas nuestras expectativas frente al futuro; diversos nuestros medios ambientes, lugares de habitación y de trabajo; diversas nuestras opciones políticas; hay diversidad entre las distintas ciudades de la provincia de Santiago y de éstas con respecto a los campos; la misma capital es un conglomerado de ciudades. Hay diversidad de enfoques entre las generaciones: los padres y educadores se entienden difícilmente con sus hijos y alumnos, los adultos no comprenden a los universitarios; y éstos se hallan a veces sorprendidos por las nuevas exigencias que surgen en los liceos y colegios. La misma juventud no es un bloque único y monolítico, pues los enfoques vitales de los jóvenes son diferentes según éstos sean obreros, campesinos, estudiantes técnicos, universitarios, empleados.

Así, nuestra sociedad es un complejo juego de diferencias entrecruzadas, imposibles de reducir a ciertos factores comunes o denominaciones ideológicas, partidistas, culturales o de clase.

Diversidad en la Iglesia

3 La diversidad existe también dentro de la Iglesia y es aquí motivo de inquietud. Ella se expresa en lenguajes y tomas de posición diferentes, tanto en lo que respecta a las exigencias sociales del Evangelio como también en las maneras de exponer la doctrina y de formular la vida de oración. ¿De qué exigencias y esperanzas puede ser signo esta diversidad interna de la Iglesia?

Cuando las diferencias separan a los hermanos estableciendo entre ellos muros de incomunicación, de sospecha o de prejuicios, entonces un serio esfuerzo se impone para volver a descubrir, por encima de lo que nos separa, al Señor que nos une. Y este esfuerzo puede llegar a pedirnos que revisemos nuestras posturas y modos de hablar, de manera que no se menoscabe aquella unidad esencial en que la Palabra de Dios nos establece como comunidad de Iglesia por la fe en Jesucristo, la comunión en el Espíritu, la participación en los sacramentos y la unión con los Pastores.

Pero, por otra parte, como lo que nos une es el Señor, hay en la fe una raíz fuerte, honda y capaz de soportar una gran diversidad entre los cristianos en todo aquello que no toca a lo esencial. De modo que la diversidad puede llegar a ser así la expresión de una riqueza que sólo poseemos en cuanto distintos, es decir, en cuanto que la reconocemos también como poseída por otros. Por eso, no es posible ni deseable imponer siempre un lenguaje uniforme ni un solo modo de ser cristiano. La vida cristiana y su lenguaje, aunque deben expresar siempre y fundamentalmente la relación que une al hombre con el Dios revelado en Jesucristo, depende también en su forma de muchos condicionamientos

culturales, comprendiendo en ellos los económicos, los sociales y aún los políticos. Y estos condicionamientos varían según las circunstancias y las épocas.

De ahí que la Verdad de Dios —de un Dios que ha prometido acompañar siempre al hombre a lo largo de todas sus vicisitudes históricas— no puede ser encerrada y poseída enteramente y de manera absoluta por un solo tipo de experiencia, de lenguaje, de expresión.

Diversidad entre los cristianos en materias sociales

4 La diferencia entre los cristianos es particularmente aguda en el dominio de lo económico y social. En este campo, el Evangelio nos señala una orientación, acerca de la que hablaremos en seguida (cf. párrafo 5). Pero, aún supuesto que el cristiano se deje guiar por esta orientación evangélica, no por ese solo hecho se encontrará siempre y automáticamente asegurado de que sus opciones ideológicas y políticas sean las más correctas o eficaces, ni menos de que ellas sean las únicas queridas por Dios. De ahí que nadie pueda imponer en nombre del Evangelio un solo sistema de propiedad o un sistema económico-social, sea éste "tradicional", "reformista" o "revolucionario". Estos sistemas se buscan, construyen o imponen en virtud de otros tipos de análisis y acciones.

Una orientación evangélica: preferencia por el oprimido

5 Sin embargo, el Evangelio nos orienta en estos análisis y acciones. En efecto, como cristianos tenemos una preferencia por aquellos que hasta ahora han sido siempre excluidos, los sin voz. Sin esta preferencia, no seríamos los discípulos de quien dio como uno de los signos autenticadores de su misión el que "el Evangelio es anunciado a los pobres"³. A ellos, Jesús les anunció la buena noticia de una salvación vinculada con su liberación humana. Ellos son los que, por circunstancias históricas en las que es posible descubrir la acción oculta de Dios, toman conciencia de lo que valen y de que pueden ser gestores de su propio destino. Ellos descubren y practican una solidaridad que, no sólo los une entre sí, sino que los invita e impulsa a colaborar en la creación de una nueva sociedad. Cuando manifestamos nuestra preferencia por ellos, no hacemos otra cosa sino acoger a un Dios que en ellos nos sale al encuentro, indicándonos formas nuevas de comprometernos con el hombre; formas que correspondan hoy con el compromiso y alianza de Dios con el hombre en Jesucristo. Por estos les anunciamos el Evangelio con la persuasión y la confianza de que colaboramos así en su liberación. Pues el Evangelio, cuando es anunciado y recibido según el Espíritu de Cristo, lejos de desinteresar al hombre de su tarea humana, le abre a ésta los horizontes de la justicia, de la reconciliación y de la paz que Dios ha prometido a la sociedad por Jesucristo. Y la perspectiva de estos horizontes es capaz de despertar, sostener y reforzar la marcha hacia una liberación que, si bien no puede obtenerse sin un trabajo y una lucha en el dominio de lo económico, social y político, sin embargo, no se reduce a este solo empeño, sino que supone también la conversión del hombre.

6 Desde este punto de vista, volvamos a considerar nuestras diferencias. Ellas pueden ser el signo de un enriquecimiento de vida humana y de experiencia de Dios.

³ Mateo 11,5.

Aportes populares a la sociedad y a la Iglesia

En efecto, la sociedad se amplía y enriquece por una participación más real y significativa, aunque todavía insuficiente, de grupos sociales considerados hasta ahora como sin cultura. La cultura popular, es decir, la de aquéllos que por su trabajo y lucha social adquieren conciencia de su valer y poder transformador, exige ser hoy reconocida y se impone como una realidad dotada cada vez de mayor peso en el diálogo y la acción social. De manera y por razones de orden semejante, la experiencia de la fe que tienen los grupos populares va ampliando y enriqueciendo a la Iglesia. Estos grupos aportan a la Iglesia una nueva conciencia y un nuevo lenguaje nacido de la experiencia de la solidaridad y lucha obrera, le señalan nuevos puntos de aplicación para la justicia y el amor cristianos, le exigen una mayor coherencia entre las palabras y la vida, la requieren a romper con todos los seudovalores y falsos órdenes que en determinados sistemas culturales, económicos, sociales y políticos lograron a veces debilitar o amordazar su voz profética. Este aporte ha repercutido en los documentos de la 2ª Conferencia General del Episcopado latinoamericano, tenida en Medellín en agosto-septiembre del año pasado, cuyas conclusiones, principalmente las contenidas en los documentos de Justicia y Paz, hacemos nuestras.

Unión en la diversidad

Estos aportes deben hacernos reflexionar como cristianos sobre nuestras diferencias. En vez de mirarnos como la señal de una unidad imposible, en vez de dejarnos descorazonar por lo que nos separa, podemos ver que las diferencias pueden llevarnos a ser el signo de que nuestro Dios y, consiguientemente, nuestra fe no se dejan reducir a ningún sistema uniforme de vida, de pensamiento o de expresión; el signo de que a Dios hay que buscarlo siempre como Aquél que se nos presenta bajo la figura del hermano, individuo o grupo, que irrumpe en nuestra vida desquiciando el falso orden de muchas de nuestras pretendidas seguridades económicas, sociales, políticas, culturales y hasta religiosas. Nuestra unión como cristianos puede, pues, consistir en el común compromiso de buscar a Dios en la parte de verdad que mutuamente nos aportamos todos. Nuestras diferencias, en vez de encerrarnos en grupos comunicados, pueden ser miradas así como los puntos de partida de caminos convergentes hacia un encuentro más hondo. Supuesta la preferencia por el "pobre", la verdad de Dios se nos manifiesta y entrega en la medida en que la busquemos en una acción común, enriquecida con los aportes diferentes de cada cual.

Las tensiones de la diversidad

7 De lo dicho se desprende que sería ilusorio pretender suprimir de manera inmediata las tensiones y los conflictos. Estos también pueden ser mirados, a la luz del Evangelio, como momentos de una búsqueda de entendimiento, de convergencia y de diálogo; como una búsqueda cuya dificultad el Evangelio no suprime. Aún las separaciones que, en un momento dado de la historia, aparecen como irreductibles, pueden ser vividas en la esperanza de la unión que en ellas mismas, dolorosamente, se está gestando⁴.

La Iglesia, signo e instrumento de unidad

8 El signo de que esta esperanza posee y exige un cumplimiento real, aunque parcial, en esta historia, lo tenemos los cristianos en el don de Jesucristo, significado por su Iglesia. La Iglesia es, "en Cristo, signo o sacramento e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano"⁵. Este signo que apunta a un más allá de nuestra historia, nos recuerda que ese más allá está desde ahora presente entre nosotros como una semilla del Reino. Y el Reino crece desde ahora, cada vez que ponemos las condiciones para que los hombres se reconozcan en la reconciliación, la justicia y la paz. Así, en su largo caminar histórico, el hombre ha dado ya sin duda pasos que responden al plan de Dios y que nuestra fe cristiana debe ayudar a descubrir, valorar y llevar adelante.

Si ella nos hace vivir nuestras diferencias en el esfuerzo por unirnos, estaremos realizando una obra que el mundo necesita. Nuestra fe y nuestra esperanza serán así un aporte real a todos nuestros hermanos. Pues la unión que buscamos no abraza a los solos cristianos, sino a todos los hombres; y, aún cuando no se realice dentro de la visibilidad de la Iglesia, esta unión es y será obra de Cristo y de su Espíritu. Por esto, la esperanza en Cristo debiera urgirnos todavía más que a otros en el esfuerzo por procurar esta unión.

II. Inseguridad y esperanza activa

Otra experiencia bastante corriente hoy es la de la inseguridad. También ella puede ser comprendida a la luz del Evangelio.

Descripción de la inseguridad

9 La inseguridad toma diversas formas según los distintos sectores o grupos sociales. Nuevas formas de inseguridad aparecen en el sector de los trabajadores agrícolas que, en los asentamientos, se enfrentan a una nueva estructura social, a una nueva organización del trabajo y de la producción, y que deben encarar los riesgos de la comercialización de sus productos. La inseguridad entre los obreros industriales está condicionada por factores múltiples: la falta de estabilidad en el empleo, la amenaza insuficientemente cubierta de las enfermedades, las alzas de los precios al consumidor, el temor de las listas negras y del enfrentamiento patronal, la tramitación burocrática, etc. La inseguridad alcanza grados increíbles en quienes se hallan marginados de todo tipo de integración social y encuentran empleos u ocupaciones poco estables, sujetas a muchas fluctuaciones. Pero también hay inseguridad económica y política en los sectores más acomodados. Es cierto que estos sectores se hallan más protegidos que los otros por bienes de capital. Pero ellos se sienten amenazados por la pérdida de cierto rango y nivel de vida, o cuando son jóvenes profesionales, por la incertidumbre del mercado de trabajo. Todos estos grupos se hallan afectados también por la inseguridad de una situación política inestable propia de un país en desarrollo. Además de estas inseguridades, diversas según los grupos sociales, están las que afectan a los individuos, por ejemplo, en las relaciones entre esposos o frente al crecimiento y educación de los hijos. En el fondo de todas

⁴ Cf. Romanos 8,22-25; 5,3-5.

⁵ Constitución: "Iglesia en el mundo", n.º 1.

las anteriores, se halla la inseguridad más radical, la de la vida misma amenazada por la muerte.

Es cierto que estas situaciones variadas no pueden enfrentarse con una actitud única. Hay inseguridades que deben ser encaradas con prioridad, como las de los sectores marginados y obreros, porque lo que en estos casos está en juego es un cierto *minimum* necesario para la subsistencia y para la dignidad de la persona y su integración consciente y activa en la sociedad. Frente a estas situaciones extremas no basta la simple reflexión, sino que es urgente una acción concertada para suprimir la inseguridad básica que de ellas proviene.

Cristianismo e inseguridad

10 No tenemos en cuanto cristianos ninguna imagen propia de cómo será la sociedad terrestre del futuro. No poseemos ninguna fórmula capaz de suprimir de golpe la inseguridad de la existencia. La intervención sobrenatural de Dios, revelada en Cristo, no disminuye en nada la responsabilidad humana con respecto a la historia. Así pues, junto con los demás, sabemos que el porvenir se nos ha entregado a nuestro quehacer de hombres. Solidarios de todos, no estamos dispensados de la búsqueda y del riesgo que corre la humanidad entera.

Nuestra esperanza

Pero, dentro de la humanidad, somos portadores de una esperanza: la de que este inmenso esfuerzo en común no es vano; la de que el amor y la comunión terminarán por tener la última palabra. Por ello "nos alegramos en la esperanza"⁶. La esperanza está insertada en nuestra historia como el triunfo que obtiene Cristo por su Resurrección sobre todas las fuerzas del egoísmo, de la división y de la muerte. La Resurrección de Cristo es también nuestra; y ella opera no sólo después de nuestra muerte como lo creemos firmemente, sino desde ahora, en nuestra vida. Como cristianos, no sólo participamos en la expectación de muchos frente al futuro, sino que deberíamos tener ojos para descubrir la eficacia de la Resurrección de Cristo en todo empeño por liberar al hombre de sus enfermedades y limitaciones biológicas, como por ejemplo, la desnutrición; en todo esfuerzo por liberarlo de los mitos fatalistas que expresan su sentimiento de impotencia y lo mantienen en ella; en todo empeño por que el oprimido tome conciencia de su valer y de su poder, como individuo y como grupo organizado, para transformar su condición económica, social y política; en toda realización de la solidaridad, de la que vemos en nuestra patria ejemplos numerosos en juntas de vecinos, sindicatos, centros de madres, centros juveniles, cooperativas, centros culturales. Es posible descubrir allí, junto con otros significados de tipo sociológico y en el fondo de todos ellos, la eficacia de la Resurrección. Pues en todo este esfuerzo hay una expresión social del paso del egoísmo al amor, de la muerte a la vida y a una vida más plena, en la que la vida que nos trajo Cristo tiene mucho que ver.

Confianza en el hombre

11 Pero no basta descubrir, por una visión de fe, los signos de la presencia de Dios por Cristo resucitado

en nuestra historia. Si todos estamos inseguros, si en el fondo de nuestras inseguridades hay muchas veces desconfianza en los otros, nuestra esperanza de cristianos debería traducirse además en una confianza ilimitada en el hombre, en su capacidad y poder, en su deseo de amar y de construir una sociedad mejor para todos. Pues en cada hombre está presente Cristo. Cristo es el futuro del hombre en cuanto a que lo atrae a una mejor forma de ser y de amar. Esta confianza debería renovarse constantemente cada vez que ella se ve decepcionada en los hechos. Confianza en el hombre no es sinónimo de ingenuidad. Pero, entre la ingenuidad y la actitud de sospecha, hay una cantidad de grados intermedios de reconocimiento en los que la confianza mutua puede devolver a muchos la seguridad básica de sentirse apoyados y de saber que su aporte y su presencia son apreciados.

Esperanza y acción política

12 Además de esta confianza en el hombre, nuestra fe y esperanza de cristianos tendrían que traducirse en una colaboración decidida y eficaz con el esfuerzo liberador de muchos en el que vemos presente la energía de la Resurrección. Este esfuerzo se lleva a cabo, como lo hemos insinuado, mediante la cooperación en grupos más o menos estables en los que existe una organización y una autoridad. Esta cooperación se establece, pues, en el nivel de las relaciones políticas en el sentido más amplio de la palabra, que abraza desde la comunidad nacional hasta las asociaciones vecinales y las instituciones educacionales. Digamos una palabra sobre la presencia de la fe y la esperanza cristiana en la acción política así entendida.

Modalidades de la acción política

Nadie puede, aunque lo deseara, sustraerse a las relaciones políticas. Pero no todos juegan en esta esfera el mismo papel: distinto es, por ejemplo, el de los líderes que el de quienes contribuyen sólo con su voto; distinto el papel de los técnicos empeñados en el estudio de proyectos que el de los hombres de acción encargados de su ejecución y de concitar las voluntades para ponerlos por obra. Por otra parte, dado que la política debe unificar en una acción común a personas con intereses muy variados, la proposición de esta acción, de sus metas y objetivos echa mano de medios diferentes de los que normalmente rigen las relaciones entre dos personas o en los pequeños grupos; tales medios son, por ejemplo, la simplificación de los objetivos, con el fin de que sean fácilmente comprensibles en sus rasgos generales, la presentación de incentivos, el uso de la presión moral y hasta de la coerción según los casos.

Aspectos políticos de la caridad

La fe y la esperanza cristiana no significan en el terreno político ni abstención, ni descuido, asco o desprecio de las reglas de juego propias a este campo. Entrar de lleno en él será para muchos descubrir las dimensiones y exigencias políticas del amor y de la esperanza cristiana; será quizás deponer la preocupación por ciertas seguridades personales o de pequeños grupos y abrirse, en el riesgo y la flexibilidad de la acción, a los intereses más vastos de la vida en común. Al hablar de lo político no estamos pensando sólo, repitémoslo, en los partidos, aunque tampoco los ex-

⁶ Romanos 5,12.

cluimos. Pero tenemos también ante los ojos otras organizaciones, como por ejemplo, las que se da la solidaridad obrera, o de otros grupos humanos. En la medida en que, por la participación en ellas no sólo se busque tener más, sino hacerse conscientemente responsable de la construcción de una sociedad donde la capacidad y libertad de cada cual se realice en el reconocimiento de las libertades de todos, el hombre se irá haciendo más hombre y algo del Reino de Dios llegará también a nosotros.

Aporte del cristianismo a la acción política

Cuando el cristiano descubre que la esperanza y el amor de Cristo se hallan condicionados y amenazados a la vez por las estructuras políticas y entra en cualquiera de los niveles ya mencionados de esta acción, no debe hacerlo hoy, sin embargo, para llevar a cabo una "política cristiana" de la que la Iglesia quisiera recoger luego los dividendos de poder y de prestigio. Su único deseo debe ser servir al hombre y a su liberación.

A la acción política, el cristiano llevará toda su fe y esperanza. Con ello, aportará al hombre lo que ninguna política puede ni pretende dar: el anuncio de una salvación total, definitiva e integral del hombre y de todos los hombres; salvación que se hace presente y eficaz desde ahora, cada vez que se ponen las condiciones para que existan relaciones humanas verdaderas y justas, pero que también y sobre todo es objeto de esperanza en una historia humana que se abre a Dios.

Orientado por este anuncio, el cristiano deberá denunciar todo lo que en los procesos políticos envuelva desprecio o menosprecio por el hombre, sobre todo por el más débil. Denunciará así la violencia institucionalizada de las estructuras opresoras⁷, como también el recurso a la lucha armada cuando todavía se dan las condiciones para una acción política no violenta⁸. Denunciará toda instalación, aseguramiento y uso del poder por parte de un grupo en provecho propio y con desmedro o postergación de otros.

Tanto su aporte como su denuncia crítica, que compete diversamente a los cristianos como individuos y a la Iglesia como un todo, estarán sostenidos por la fe en que las exigencias del Reino de Dios y la esperanza de la Resurrección superarán siempre cualquier tipo de proceso o realización política e impulsarán continuamente a buscar modos más humanos de convivencia. Por esto, el cristiano no ha de caer como otras veces en la tentación de "sacralizar" ninguna causa, partido, revolución o sistema. Sólo reconociéndoles su autonomía y manteniendo la independencia de la Iglesia con respecto a ellos, podrá ejercer para con ellos y en provecho del hombre la función de anunciar un futuro siempre nuevo y de criticar todo lo que en cualquier sistema oprima al hombre.

III. Del Dios oculto al Dios que se descubre

13 Como última sugerencia de nuestra conversación, quisiéramos expresar dos aspectos de una experiencia que se hallaba presente desde los primeros puntos de esta carta: la experiencia negativa de Dios, o la de su ocultamiento, y la experiencia de un nuevo descubrimiento de Dios.

⁷ Cf. Doc. sobre la Paz, II Conf. gral. del Episcopado Lat. amer.

⁸ Cf. Doc. sobre la Paz, nº 15, Ibid.

a) El ocultamiento de Dios

En el mundo del trabajo, de la lucha sindical, de la investigación científica, del comercio, de las tareas políticas, incluso en el de la vida familiar y el de nuestras preocupaciones cotidianas más urgentes, Dios parece muchas veces ocultárenos. En otro tiempo, cuando el hombre sabía menos y cuando la técnica no lo había dotado aún de los formidables instrumentos de que hoy dispone, Dios estaba, al parecer, más al alcance de la mano, del corazón y hasta de la razón humana. Ahora en cambio, daría la impresión de que todo puede funcionar bastante bien sin su presencia ni su recuerdo.

Para muchos cristianos, es ésta una experiencia dolorosa y extraña. Para otros, una ocasión de escándalo, de duda, de pérdida de la fe. Si, porque son hombres y porque se sienten solidarios de otros hombres, han empuñado con coraje la tarea del mundo; si incluso en un primer momento creyeron ir a esta tarea impulsados por su fe, pronto, en medio de ella, no saben qué hacer con su Dios.

A quienes viven esta experiencia, quisiéramos ofrecerles no otra imagen de Dios fabricada según sus necesidades actuales, sino la ayuda fraternal de quienes también como ellos buscan a Dios en un mundo cuya tarea muchas veces lo oculta.

Una primera forma de esta ayuda será la de tomar en serio esta experiencia del ocultamiento de Dios, como un posible llamado suyo a buscarlo de nuevo.

Es posible que en nuestra época Dios se nos haga a veces presente bajo el modo de su ausencia aparente, de su inutilidad frente a nuestras medidas y exigencias utilitarias. Es posible que en nuestra época Dios nos quiera desilusionar con respecto a muchas figuras e imaginaciones idólatricas que acerca de Él nos hemos forjado. Es posible que Él se nos muestre hoy en un ocultamiento que suscita nuestra búsqueda, como suscitara la oración de san Agustín: "que yo prefiera, Señor, hallarte aún sin hallarte, en vez de dejar de encontrarte de veras por pensar que te he hallado".

Nuestro Dios, el de Jesucristo, es Aquél que nos saca siempre de todas nuestras seguridades. Si perdemos seguridad en una cierta imagen de Dios, transmitida por ciertas maneras de enseñar el catecismo y la moral, no es ello señal de que el Dios de Jesucristo tenga que desaparecer de nuestra búsqueda. Si Él desaparece de veras de nuestras preocupación, corremos el riesgo de que un ídolo venga a suplantarle bajo la figura de una ciencia, una técnica, una política de carácter engañosamente totalizante. En cambio, si Él permanece aun oculto, como Aquel que no cesamos de buscar, entonces Él se nos hará también presente en la exigencia constante de desprendernos de cualquier seguridad que nos haga restringir el ámbito de nuestro amor.

b) El Dios que se manifiesta

14 Pero, una vez dicho esto, será necesario dirigir nuestra mirada en forma todavía más penetrante hacia otro tipo de manifestaciones de Dios en nuestra época. Pues, si ya han dejado de servirnos ciertas representaciones culturales de Dios, Él nos está saliendo al encuentro en otros signos y bajo otras formas. Nuestro empeño por buscarlo ha de perseguir en ellos las huellas de su paso.

... en el pobre

"En medio de vosotros está Aquél a quien no conocéis", dice el Evangelio. Esta palabra se cumple también hoy día.

Es posible ver una presencia de Cristo en aquél que no conocíamos porque no tenía y sólo recién va teniendo una voz para darse a conocer; en el pobre que toma conciencia de su situación de oprimido, en el que con su participación creciente en la vida nacional pesa cada vez más decisivamente en el proceso de transformaciones. ¿No quiso Él identificarse con "el más pequeño de sus hermanos"?

... en la solidaridad

Es posible ver también su presencia en todas las formas que adopta hoy la solidaridad, principalmente entre los trabajadores. Es cierto que esta solidaridad puede y debe ser interpretada desde otros puntos de vista como un medio para aumentar el poder de los oprimidos con el fin de acceder a los bienes económicos. Pero este mismo acceso a los bienes significa y expresa una liberación del hombre. Sólo puede existir diálogo entre hombres libres. La liberación del oprimido, al apuntar al establecimiento de un mayor y más verdadero diálogo social, aparece como una condición del reconocimiento de los hombres como hermanos. Y en este sentido tiene que ver con la acción salvadora de Dios en Cristo.

Por otra parte, si los cambios socio-culturales provocan hoy desorientación e inseguridad, por poner en tela de juicio muchos puntos de referencia tradicionales, ellos también impulsan a una mayor dependencia mutua en el diálogo y la comunicación entre las personas. Es posible ver también en esta otra forma de solidaridad y deseo de diálogo un signo de la presencia de Dios.

... en la responsabilidad frente al futuro

Se puede ver también un vestigio de la acción de Dios y un paso más en el cumplimiento de su designio en el cambio de conciencia que se opera en los tiempos modernos con respecto al saber y al poder del hombre. Las conquistas científicas y tecnológicas dan al hombre el poder de construir su mundo y de dirigir en gran manera su historia. Estas conquistas traen consigo graves amenazas e interrogantes, en la medida en que corren el riesgo de ser utilizadas en contra del mismo hombre, masificándolo y posibilitando nuevas formas de dominación, despersonalizándolo. Pero, al hallarse en sus manos, lo urgen también a tomar conciencia de su responsabilidad. Y esta urgencia mayor ante una responsabilidad creciente puede ser vista como otra forma de la presencia de Dios al hombre contemporáneo. Tal vez le sale Él hoy al encuentro en la magnitud de la responsabilidad humana, capaz hoy como nunca de crear o de destruir, de dar la muerte o de dar la vida. Y frente a esta responsabilidad, que es una alternativa y una opción, el hombre necesitará más que nunca del Dios que abre un sentido al futuro de nuestra historia.

c) La manifestación de Dios en su Iglesia

15 Los cristianos podemos ver en los sacramentos, en la palabra de Dios y en la comunidad de fe la representación de estas situaciones en que Dios se manifiesta. Son ellos, además, una fuerza que incita, mueve y sostiene al cristiano en su trabajo en el mundo. Deberían ellos capacitar mejor al cristiano para conocer al hombre y la realidad toda entera como creación de Dios, destinada a ser recapitulada en Cristo. De ahí que el cristianismo sinceramente vivido debiera afinar la percepción del hombre para descubrir los verdaderos valores en los sistemas u organizaciones que pretenden solucionar los problemas humanos.

En efecto, la palabra de Dios en el Evangelio nos vuelve atentos a su presencia en los demás, sobre todo en el pobre y el oprimido. La participación común en la Eucaristía, al hacernos presente a Cristo en su obra de reconciliación y al hacernos anhelar su venida como Señor de la historia, significa y realiza la raíz más honda y el fundamento de toda solidaridad. La Penitencia, al reconciliarnos con Dios y con nuestros hermanos, nos recuerda la necesidad de la continua conversión para encontrar a Dios en el prójimo y para tomar nuestras decisiones con una libertad que se manifiesta como amor y don de sí. La comunidad de los creyentes, al reunir a hombres diversos y hacerles superar sus contradicciones por la fe en la fuerza de un amor que los une por encima de todas ellas, comienza ya a significar y realizar la unión de todos los que se hallan todavía separados; esa unión que Dios promete a la humanidad. A la luz de estas consideraciones, se entiende que se busquen hoy nuevas formas de participación comunitaria y litúrgica, capaces de ayudar a que la experiencia de la fe se vincule con la experiencia humana y le sirva a ésta de intérprete y profundización.

Nuestro testimonio

16 Pero el don que Dios nos hace de Jesucristo en su Iglesia no es un privilegio que pueda dejarnos tranquilos. Los sacramentos de la fe, la comunidad de los creyentes, la Palabra del Evangelio no nos apartan del trabajo en el mundo sino para volvernos a enviar a él. En nuestra presencia y trabajo secular se hará realidad lo que "hemos visto y oído", lo que sabemos de Dios por Jesucristo. Sin esta presencia activa en medio del trabajo humano, la verdad de Dios corre el riesgo de volvérsenos imaginación, disfraz y palabrería. "El que hace la verdad va a la luz".

Y yendo a la luz por nuestra acción, podemos ayudar también a que la luz que es Cristo llegue a quienes la buscan de modo que su gracia, su protección, su amor fiel y su bondad estén con nosotros y con todos los hombres nuestros hermanos, para que en lo íntimo de sus corazones sientan la alegría y la paz de ser hijos de Dios.

Navidad 1969

RAUL CARDENAL SILVA HENRIQUEZ
Arzobispo de Santiago
J. ISMAEL ERRAZURIZ G.
Obispo Auxiliar
FERNANDO ARISTIA R.
Obispo Auxiliar